

## **DOMINGO TERCERO DE PASCUA**

**1ª lectura** (Hechos, 5, 27b-32, 40b-41): *Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.*

**Salmo** (29, 2 y 4.5-6.11 y 12a y 13b): *«Te ensalzaré, Señor, porque me has librado»*

**2ª lectura** (Apocalipsis, 5, 11-14): *Al que está sentado en el trono y al Cordero la alabanza.*

**Evangelio** (Juan 21, 1-19): *Sí, Señor, tú sabes que te quiero.*

Tanto en el domingo de Resurrección como en los domingos posteriores de este tiempo pascual, los evangelios concentran la atención en los encuentros del Resucitado con los discípulos Pedro y el Amado. Jerarquía y Amor, dos pilares sobre los que Cristo resucitado fundamenta su Comunidad Eclesial.

La relación afectiva teologal con Jesús descubre su autoridad, que está presente de principio a fin en la vida de Cristo Jesús. Aunque para mucha gente moderna esta autoridad resulta problemática, la manifiesta con su Palabra, su llamada, su mirada que penetra hasta lo profundo, con su iniciativa, con sus opciones... Se la puede percibir como una amenaza, como una autoridad psicológica, como autoridad moral, o como autoridad que se te impone desde la experiencia de su amor entregado hasta la muerte por nuestros pecados. Amor que pretende definir nuestra existencia: *«El que ame más a su padre que a mí, no es digno de mí»*. Esta es la autoridad de su señorío: *«Sígueme»*. Cuando le dejamos que Él tome la iniciativa en nuestra vida, es cuando damos paso a la nueva vida que nos ha sido regalada en el Misterio pascual.

En el diálogo entre Jesús y Pedro, en la orilla del lago después de la resurrección, Pedro reconoce que no puede amar a Jesús desde sí mismo, sino solo desde Él. Es entonces cuando Jesús le dice: *«¡Sígueme!»*. Este es el amor del seguimiento. El diálogo concluye: *«Cuando eras joven ibas donde querías, cuando seas mayor otro te ceñirá y te llevará donde no quieras»*. Así le anunciaba de qué muerte iba a morir, pues el amor teologal del seguimiento tiene como forma de misión la cruz. El amor de misión está configurado por la cruz: *«Llamado a compartir los sufrimientos de Jesús para compartir su gloria»* (Filipenses, 3).

En Pedro constatamos los dos momentos del amor del seguimiento. Cuando es llamado por Jesús al inicio de su misión pública, Pedro ama a Jesús desde sus expectativas (fruto de las corrientes mesiánicas de su tiempo). En el encuentro del Resucitado con él y con el discípulo amado, Pedro ya puede seguir a Jesús desde un amor que purifica su fe en Cristo Jesús. Amor fundamentado en la vida nueva que toma la forma de amor entregado hasta la muerte. Pedro, representante de la jerarquía en la Iglesia, habrá de escuchar el testimonio del discípulo amado, ya que el amor siempre va por delante en el descubrimiento del Resucitado, pero no prescinde de la jerarquía.

Cuando la existencia de Simón Pedro transcurría tranquila, entre las faenas de la pesca y su vida familiar. Cuando ya su vida transcurría de forma un tanto anodina; un amanecer, cuando volvían tras una infructuosa jornada de pesca, se les acerca un joven preguntando si tenían pescado. Al contestarle negativamente, dice: *«Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis»*, y la pesca fue abundante. Juan dice: *«Es el Señor»*, Pedro cae al agua, se viste (porque estaba desnudo) y prepara el desayuno a Jesús.

*«¡Sígueme!»*. La invitación de Jesús debió de resonar fuertemente en los oídos de Simón Pedro recordándole todo cuanto había sucedido. ¿Cuánto tiempo había transcurrido?... ¡Unos pocos meses! Una historia que arrancó intempestivamente, que se fue llenando de expectación. Un viaje a Jerusalén que no terminó como lo había soñado tras esa entrada mesiánica de Jesús en la ciudad santa que presagiaba el triunfo y la gloria; que había dado un vuelco inesperado con su confrontación con las autoridades de su pueblo y terminó en muerte de cruz con la connivencia de los odiados y temidos romanos.

Bien hubiera querido seguirle hasta la muerte, si era preciso, pero le flaquearon las rodillas, se le agitó el corazón, le tembló la voz y se sorprendió escuchándose a sí mismo decir: *«No lo conozco»*. ¡Qué vergüenza! ¡Cuánta cobardía! Y, al mismo tiempo ¡cuánta verdad! *«No lo conozco»*. Lo conocía junto al lago, lo conocía al mirarlo, lo conocía en sus palabras, lo conocía en sus signos, lo conocía en su trato con los pobres... pero ahora atado como un criminal, empujado, humillado, débil, vencido..., así *«No lo conozco»*.

¿Quién iba a imaginar que era así como debía suceder? Es cierto que algo había dicho, pero no lo entendieron en ese momento... No. Cuando todo parece ir bien, nadie quiere abrir los oídos para escuchar hablar de sufrimiento, de dolor y de muerte.

Y ahora, en el lago, tratando de pescar a falta de más que hacer. Era de noche, la pesca deseada no llegó, las redes seguían vacías, los cuerpos desnudos y sudorosos por el trabajo, los músculos agotados. *«Muchachos, ¿han pescado algo?»*. «¡Echen las redes!». ¡Amanece! ¡Hay peces! ¡Hay alguien...! *«¡Es el Señor!»*.

*«¡Sígueme!»*, en el anuncio del Reino de Dios. *«¡Sígueme!»*, en la conducción de mi rebaño. *«¡Sígueme!»*, en la dedicación total de tu vida. *«¡Sígueme!»*, con valentía y entrega generosa. *«¡Sígueme!»*, hasta el final de tu vida. *«¡Sígueme!»*, después de la noche llega el amanecer. Después de la muerte hay resurrección. Más allá de nuestro cansancio nos espera el gozo de una comida compartida. A pesar de nuestra debilidad y nuestro pecado, al partir el pan de la Eucaristía resuena en nuestros oídos la palabra: *«¡Sígueme!»*.